

(08) Memorias de un mundo feliz: Amante eterno

Fernando R.R.



AMANTE ETERNO

MEMORIAS DE UN MUNDO FELIZ

Fernando R.R.

Capítulo 1

Al lector:

Estimado lector, usted se ha embarcado en una aventura que, tal como describiría Aican, lo llevará a recorrer un mar sin fin de memorias. La recomendación inicial siempre será que lea las memorias en el orden que han sido publicadas. Siguiendo dicho orden la experiencia de lectura adquirirá un dinamismo especial y una cualidad única, además de que no se perderá detalle alguno.

Por supuesto gracias a lo peculiar de la modalidad en que las memorias van a ser publicadas, tendrá la posibilidad no de comenzar por el propio inicio (de publicación) sino introducirse a mitad de camino en este inmenso mar si usted así lo desea.

¿Todas las memorias han de ser leídas? Como mencioné antes, lo ideal es que sí, para que no pierda nada de la esencia de las mismas. No obstante usted podrá ir siguiendo aquellas que guarden una relación con las que sean más de su agrado. De todas formas deberá tener en cuenta que dicha relación estará dada por los eventos que transcurren en ellas, y no en el género o la temática que abarcan.

Una mención especial merece la "Guía para la correcta puntuación de diálogos en la EMD.", la cual va dedicada para los lectores puristas según la clasificación de la bibliotecaria de Hansamu. Si usted se considera un lector intuitivo, podrá saltarse dicho apartado. Aún así, si siente curiosidad, siempre es bienvenido a echarle un vistazo. Si usted ya la ha leído con anterioridad, no es necesario volverla a releer, aunque puede que con el transcurrir de las memorias sufra alguna modificación, siendo agregado nuevo contenido técnico.

Capítulo 2

Guía para la correcta puntuación de diálogos en la EMD.

El guión se usa al principio del diálogo para marcar la intervención de cada personaje (guión de apertura), seguido de dos comillas (comillas de apertura). No se deja espacio entre las comillas de apertura y la primera letra. Al final de dicha intervención, se utilizan otras dos comillas seguidas de otro guión (guión de cierre).

- "¡Compro esencias, a partir de setenta sutin por cada una! ¡El mejor precio de Truan sólo aquí!" -

Los comentarios del narrador se estructuran dejando un espacio entre el guión de cierre y el inicio de los comentarios. El inciso del narrador siempre se finaliza con un punto.

- "¿Cuál es el futuro que ves para Maikut?" - pregunté sin vacilar.

Si el personaje sigue hablando después del inciso del narrador, la nueva intervención del personaje irá luego de un espacio entre el punto final de los comentarios y el guión de apertura del diálogo.

- "Ya hemos dejado atrás Pamatang." - comentó Houko. - "Intentaremos hacer pie en Dipikano, justo un poco antes de las montañas del norte." -

El signo de puntuación correspondiente a la frase del personaje se cierra siempre antes de la acotación del narrador. No hay excepciones. Es lo mismo para la interrogación, la exclamación y los puntos suspensivos.

- "¡Los barcos de Liemin están en camino!" - respondió alterada ella.

El inciso del narrador empieza siempre en minúscula, a menos que se trate obviamente de un nombre propio.

- "No conozco el valor de la gente de Liemin. Supongo que deberemos esperar a que lleguen." - respondió a secas mi compañero.

La intervención de cada personaje siempre se escribe en diferentes líneas, para dar claridad al texto.

- "¿Tú edad?" - al oír que tenía diecisiete sonrió y le era imposible contenerse. - "¿Nunca piensas madurar?" -

- "Nunca." - fue mi respuesta tajante a la vez que sonreía también.

Cuando la intervención de un personaje es muy larga y se extiende durante varios párrafos, el guión de apertura sólo es utilizado al comienzo, en el primer párrafo. Y el guión de cierre se usa únicamente al finalizar dicha intervención. Las comillas tanto de apertura como de cierre se utilizan en todos los párrafos pertenecientes a dicha intervención.

- "Nos encontrábamos discutiendo sobre una persona que estaba a punto de ser general de Gran Corona o no. Sin importar el resultado de dicho debate, una persona que llega a esa instancia es digna de ser respetada." - parecía inquieta, como si quisiera escuchar de una vez por todas la respuesta que había venido a buscar. - "No te diré qué es lo que te falta. Sólo puedo ayudarte a que tengas una oportunidad de conseguirlo."

"Enunciaré una orden para ti y tu gente para que descansen lejos de la frontera norte. (...)" -

En el caso de las intervenciones extensas que se extiendan por dos o más párrafos, cuando uno de estos finalice con un comentario del narrador puntuado al final con dos puntos (":"), en el siguiente párrafo debe emplearse nuevamente un guión de apertura.

- "(...) Además los soldados de tu ejército estarán agradecidos de poder tener un respiro temporal." - inmediatamente quiso poner una objeción a aquello, pero sin darle lugar continué:

- "No te estoy retirando de la frontera porque eres incompetente. Recuerda que eres tú quien ha venido a mi." - al oír eso guardó silencio.

Capítulo 3

Listado de memorias (*)

- (1) INFLACIÓN EN LA ALIANZA
- (2) LA CÚSPIDE DE LA CIVILIZACIÓN
- (3) CAMPAÑA EN LA NIEVE
- (4) BUENAS INTENCIONES
- (5) MÁS ALLÁ DE LA LEALTAD
- (6) UNA VIDA TRANQUILA
- (7) ABRAZANDO UN SUEÑO

- (8) *AMANTE ETERNO <<< (usted se encuentra aquí)*
- (9) TEMPESTAD
- (10) REVOLUCIÓN DE AMOR
- (11) JELIVEU Y LARA
- (12) EL PODER DEL AMOR
- (13) UN PEDIDO DE JUSTICIA
- (14) LA RESPUESTA DE LA JUSTICIA

(*) El listado se irá ampliando eventualmente en las futuras memorias publicadas.

Capítulo 4

Amante eterno - Parte 1 (por Loira)

La vida es hermosa, hermosa es la vida, especialmente para alguien que se ha esforzado demasiado y al final puede ver como su arduo trabajo tiene la recompensa que esperaba. De nuevo, la vida es hermosa! ¿Demasiado optimista? Eso porque no vieron la expresión en el rostro de mis compañeras. Si fuese por ellas ya me hubiesen abandonado hace tiempo en el medio del desierto, pero sólo tienen que esperar. Dos semanas más y puedo regresar a Fiefemi para recibir con honores mi promoción.

Según me han dicho, lo bueno de mi actitud es que provoca que nuestra estada por estos lados se haga más llevadera, ya que estamos justo donde ninguna persona en todo el país quiere estar. Así es, conformamos la guarnición sur de Damur, el lugar más aburrido de nuestro gran reino y aquel que ofrece menos posibilidades de ascenso para quienes desean hacer carrera en el ejército.

No obstante, el estar aquí no es juzgado como algo malo en esencia, ya que a todas nos toca de manera obligatoria custodiar el único camino de ingreso que existe en este sector de la frontera. Prácticamente el que consideramos nuestro linde meridional es un gran desierto que cubre parte de nuestras tierras y se extiende más al sur, hasta donde alcanza la vista, bien lejos de los límites del reino.

Es por eso que es aburrido aquí, a pesar de ser un puesto fronterizo nunca recibimos visitantes del exterior ni tampoco nadie deja el país. La última vez que Damur tuvo noticias de viajeros provenientes del resto del continente ocurrió hace alrededor de unos seis o siete años. ¿O fueron más incluso?

Sí, esta es una nación que permanece aislada del mundo, y ha sido así al menos desde que mi mamá tenía memoria. No obstante, según recuerdo ella solía contarme que mi abuela formó parte del reanei en la última invasión que sufrimos, había sido la segunda al mando del grupo que protegió Fiefemi durante el asedio de los cincuenta días.

Por aquel entonces los invasores consiguieron llegar hasta la capital real de Damur, pero el grueso principal de nuestro ejército no pudo ayudar de manera efectiva, ya que desde el sur llegaban refuerzos con un hambre voraz para someter y conquistar nuestras tierras, e impedían el paso al reanei. De la misma forma, los atacantes no podían dedicar todas sus tropas para un asalto decisivo sobre Fiefemi porque debían contener a

nuestra armada en los llanos del norte de la ciudad.

Luego de combatir durante cincuenta días en las cercanías, se pudo ver como las filas de Damur comandadas por la mismísima directora del consejo llegaban por fin en auxilio de la reina, y de quienes habían mantenido a salvo la capital contra toda esperanza. Mi abuela fue una guerrera condecorada, no así mi madre quien se dedicó a una vida normal lejos de las armas. Por mi parte, yo sólo he seguido este camino para poder lucir la armadura ceremonial que utilizan las integrantes de la palguer.

Claro, no quiero ser toda mi vida una mujer soldado, cuando sea más grande me gustaría tener mi propia casa, incluso tener una o dos hijas y poder contarles que tan bien lucía su madre en las ceremonias del palacio. Pero mi aspiración es algo que debo mantener en secreto, o mejor dicho los motivos de este anhelo, porque ser miembro de la palguer es todo un privilegio que en realidad posee una gran carga en cuanto a responsabilidades.

Sinceramente creo que si bien mi desempeño con las armas está a la altura de la mayoría de sus miembros, mi mentalidad aún no está lista para tal desafío. Tal vez sea una cuestión de tiempo hasta que asienta mi cabeza, mientras tanto tendré que conformarme con mirar el desierto por unos días más. Aunque tampoco estoy tan ansiosa de ir afuera, por lo que seguiré almorzando tranquila y pausadamente, hasta que sea la hora de relevar a mi compañera.

Al menos eso pensaba hacer, cuando una de ellas entra y me avisa que me aliste para ir al muro. Tardo en reaccionar, creo que es alguna clase de broma por parte de ellas. Pero cuando escucho que han visto alguien viniendo desde el sur me incorporo de inmediato y tomando mi lanza me dirijo hacia la defensa de la guarnición.

Como les conté es algo que no ha pasado en mucho tiempo. Nuestro primer impulso es sentir temor, todas hemos escuchado de boca de nuestras madres sobre el asedio de Fiefemi. Somos cien en la guarnición y nos preparamos ante esa noticia, incluso las que se encontraban durmiendo. En la muralla meridional sólo falta una, quien se encargaría de cabalgar a toda prisa hacia la capital para dar la alarma en caso de tratarse de un ataque.

Un gran alivio recorre nuestros cuerpos cuando, lejos aún, en el horizonte vemos apenas una solitaria figura que avanza con seguridad, como si fuese indiferente al calor y al desamparo que existe en aquellos parajes que le ha tocado atravesar. Por suerte es sólo una persona y no muchas, sin embargo permanecemos en alerta por las dudas.

Cuatro de mis compañeras salieron de la edificación para recibir al extraño, y han quedado fuera completamente aisladas, pues por precaución hicieron cerrar las puertas. La persona que llega ante ellas se detiene como para recobrar el aliento y con movimientos tranquilos quita el manto que cubría su cabeza, dejando a la vista el rostro de un hombre.

- "Espero que haya llegado al famoso Damur." - escucho que comenta con cierta gracia a modo de saludo mirando a los ojos a quienes lo recibieron.

¡Es un hombre! ¡Maldición! Mis compañeros que se encontraban fuera no dudaron un instante siquiera y tomaron distancia empuñando sus espadas hacia el sujeto. Por nuestra parte comenzamos a observar a los alrededores en busca del grueso principal de algún supuesto ejército, dando por sentado que él es una mera distracción, pero no encontramos vestigios de nada.

Mientras nosotras controlamos las cercanías, el hombre está siendo interrogado por el comité de bienvenida. Aunque me da curiosidad saber qué excusas dirá, es algo que en este momento es completamente secundario para mí. Quiero poder ir a Fiefemi, no tengo intenciones de convertirme en una heroína como mi abuela.

Una vez que llegamos a la conclusión que el hombre en realidad se encontraba viajando en soledad le permitimos ingresar al refugio de la guarnición. De seguro se debe sentir importante al estar custodiado por quince soldados. No obstante es extraño, según lo que he oído por mis colegas no parece sorprendido por el trato o por las preguntas que le realizaron.

¿Qué deberíamos hacer con él? No lo sabemos, de las que estamos aquí nadie lo sabe, por esa misma razón enviamos una mensajera a la capital para comunicar la situación y aguardar indicaciones. Mientras tanto, la líder decidió tratarlo como un prisionero sin celda. Tendría cierta libertad de movimientos dentro de la edificación aunque siempre andaría vigilado, y recibiría pequeñas raciones de comida y agua.

Dos días tardó en llegar la respuesta de parte de nuestra reina. Sí que se tomó su tiempo para pensar sobre esta inusual situación. La misma jornada que la emisaria retornó, el hombre fue notificado de las nuevas, su petición para ingresar en Damur había sido aceptada. No obstante se le advertía que debería atenerse a las reglas propias del reino.

Mis compañeras se vieron en la obligación de explicarle las leyes que la reina consideró indispensables que él conociera antes de escoger si permanecer en nuestro hogar o regresar al sur cruzando de nuevo el desierto. Escuchó con atención todo lo que le decían, sólo se limitaba a asentir y de vez en cuando preguntaba alguna que otra cosa sobre las leyes. Realmente tenía pensado adentrarse en nuestro país por cuenta

propia.

A la mañana del día siguiente partió con rumbo norte. A mi me tocó estar presente al momento que emprendía su camino hacia la capital. Celos le tenía, él se estaba marchando hacia Fiefemi y a mi aún me quedaban un par de días más para ir hasta allá. Sin embargo no envidiaba para nada el destino que le estaría aguardando allí.

No supe su nombre. De hecho, de todas las preguntas que se le hicieron ninguna fue para saber cómo se llamaba. Aún así, no podía evitar pensar en las primeras palabras que había escuchado de su boca. -"Espero que haya llegado al famoso Damur."- en verdad anhelaba ingresar y conocer mi país.

Capítulo 5

Amante eterno - Parte 2 (por Gabfiu)

He estado viajando durante años por infinidad de lugares y desde hace un buen tiempo han llegado a mis oídos historias de un país en el que sólo viven mujeres. La mayoría son relatos que sirven como un buen entretenimiento cuando se está en una reunión nocturna alrededor de una fogata o en una charla de bar, donde algún que otro hombre mayor narra anécdotas de su juventud.

Si bien todo lo que se cuenta tiene ciertos puntos en común, como el hecho de que es un país de mujeres, hay otros donde claramente se pueden detectar invenciones propias de una fantasía para darle más brillo a la idea, así como también se puede apreciar una sombría cuota de experiencia.

Seamos honestos, Damur no está en una isla remota perdida en el mar, sino que está entablado en un continente mucho más grande. No hay forma alguna de que en estos seiscientos treinta años haya estado ajeno a lo que ocurría a su alrededor. Tarde o temprano algún tipo de contacto tuvo que haber tenido.

Dicho de otra manera, sabía que no sería recibido con agasajos aquí, ni invitado al palacio o mucho menos ser considerado como un ser totalmente extraño por el simple hecho de ser hombre. De lo único que en verdad me quejaría, era del abrasador desierto que separa al reino del resto de la civilización. Pero al menos aquello es apenas un recuerdo que va perdiendo fuerzas con el paso de los días.

Es como han leído, a pesar de que no lo crean, Damur es un reino de mujeres. Pero eso no quiere decir que no se vean hombres en las calles de la ciudad. Aún no logro determinar cómo definir la situación de estos, podría decir que son esclavos pero dicha expresión conllevaría una asociación de que son tratados sin humanidad lo cual no es el caso. ¿Serían sirvientes acaso? Una palabra que invoca cierta libertad que ellos no parecen tener.

Tal vez lo más acertado sería decir que la condición de los hombres es un punto intermedio entre los que mencioné antes. Estando aquí, casi en total soledad y habiendo conocido el mundo exterior es inevitable que a uno le surjan ciertas dudas. ¿Cómo se llegó a este punto? ¿Por qué los países vecinos no han hecho nada al respecto? Por experiencia propia sé que ante un escenario semejante no sería de extrañar que más de una nación tome la mera existencia de este reino como una ofensa a la

hombría.

Algo me dice que estoy haciendo las preguntas incorrectas, en especial cuando llevo más de una semana sin comer ni tomar agua, disfrutando del fresco bajo la sombra de un árbol. Qué momento para estar vivo. Es el año 630 EMD, y soy el único hombre libre en Damur.

Sólo por ese hecho acaparo demasiado la atención. En todo momento siento las miradas dirigidas a mí por cada persona que pasa, sea quien sea, aunque ninguna de ellas demuestra sorpresa. Las mujeres dejan lucir un gran odio, aunque hay algunas que se les nota cierto temor. Por el contrario, en los hombres que me ven su reacción siempre es la misma, lástima y preocupación. ¿Será acaso por mi situación actual o por el destino que saben que inexorablemente llegará a mí?

Quizás la noción de libertad para ellos sea algo malo, dadas las claras ventajas que en apariencia presenta estar bajo la protección de una ciudadana de Damur. Al menos ellos parecen tener una comida decente y no sufrir de sed. Sin importar mi condición actual mi mente no puede dejar de pensar sobre la verdadera naturaleza del reino, es casi seguro que allí se encuentra la solución a mis problemas, o al menos eso creo.

Lamentablemente toda la información que puedo recabar se limita a mi observación del día a día en la ciudad, cuyo nombre desconozco por cierto. A su vez sólo he podido hacerme una idea más o menos general de la causa de su indiferencia gracias a las escuetas respuestas que me dieron las soldados encargadas de vigilarme de forma constante. Se nota con claridad que esperan con paciencia a que forzado por la desesperación cometa alguna acción imprudente.

Sé que intentar pedir algo para comer o beber apelando a la caridad no me llevará a ningún lado, y las posibilidades de conseguir algún trabajo son nulas. No está prohibido comerciar con hombres. Claro, si tuviera el dinero podría comprar tranquilamente lo que quisiera, al menos para necesidades básicas. Pero según lo que he dilucidado no es algo personal contra mí, sino más bien es una clara reacción ante la posibilidad de peligro que representa tener un hombre libre rondando por el reino.

A medida que pasan los días reconozco la sutileza con que la reina, o quienquiera que haya autorizado mi ingreso, ha tratado mi visita. Sabiendo que no tendría medios posibles a mi alcance para subsistir sus intenciones son claras. Espera a que me presente y por voluntad propia me ofrezca para servir a cualquier ciudadana de Damur que quiera hacerse cargo de mí, a cambio de mi libertad, por supuesto.

La falta de alimentos y agua son herramientas que pueden doblegar con gran facilidad el carácter de las personas por más tenaces que sean. Supongo que es una práctica arcaica que ha servido a su propósito en

innumerables cantidad de ocasiones. Y a pesar de que no se puede contradecir su efectividad, desafortunadamente para los planes de las mujeres de este país mi espíritu se sustenta de una inagotable fuente de energía. Una clase de fuerza de la que ellas carecen.

"Es bueno ver una cara familiar después de tanto tiempo."- dije a modo de saludo a la nueva guardiana que me han asignado. No recibí ninguna respuesta, apenas una mirada de indiferencia. Sin embargo mi memoria no me falla, es una de las soldados que se encontraba en aquella guarnición afuera de la ciudad el día que llegué.

"Hombre..."- escucho que dice apenas había dado unos pasos para alejarme, y volteo preguntando con cierta confusión:

"¿Acabas de decirme hombre?"-

"Sí, es lo que eres."- respondió sin titubear y luego prosiguió: -"¿Cuál es tu nombre?"-

"¿Usaste la palabra hombre a modo de saludo?"- indagué mirándola fijamente para poder ver su reacción sin perder detalle alguno. Pero ante la falta de respuesta tan sólo me presenté. -"Me llamo Gabfiu."- asintió al oír mis palabras e hizo el intento de alejarse ella, cuando la detuve diciendo: -"Sabes, en algunos lugares luego de uno presentarse, lo normal es que la otra persona también de a conocer su nombre."-

"Pero tú eres un hombre."-

"Un hombre libre."- aclaré haciendo notar la diferencia, siguiendo lo que me dictaba mi intuición.

"Entonces hombre libre, ya que te dices llamar Gabfiu, yo soy Loira."-

Luego de aquello tomó distancia, aunque manteniéndose lo suficientemente cerca como para poder vigílarne de manera adecuada. Por mi parte aproveché para recorrer una vez más las calles de la ciudad, pensando en lo que acababa de suceder. Sí, las mujeres de Damur sentían odio y temor hacia los hombres, pero existía algo que hasta este momento no me había dado cuenta. No sabían cómo interactuar con un hombre libre que no demostraba intenciones hostiles para ellas.

Casi tres semanas desde mi llegada transcurrieron, y por fin tenía en mente lo que prometían ser los inicios de un plan para revolucionar este reino de una forma que nadie podría imaginarse. Si yo estaba en lo cierto, mi intención no consistía en alterar la esencia misma de la nación, sino que en cambio aportaría una piedra fundamental para su desarrollo a

futuro.

Me llevó un par de días poder empezar, pues Loira al igual que sus compatriotas era reacia a ayudarme. A duras penas conseguí que me guiara hacia un lugar donde podía conseguir unos pedazos de madera y piedras. Incluso demostró cierta simpatía con mi situación al prestarme su cuchillo para tallar un cartel, al ver que estaba utilizando unas rocas con punta.

Eran pequeños progresos los que lograba en mi relación con ella, a pesar de que a sus ojos seguía siendo un sujeto de potencial peligro. No obstante deduje que alguien nos controlaba también, pues las rotaciones de guardianas se hicieron menos frecuentes y Loira pasó a convertirse en una custodia fija prácticamente. ¿Acaso eso debería tomarlo como un intento de ayuda por parte de una extraña? ¿O más bien querían ver de lo que era capaz en mi situación?

Lo cierto es que las verdaderas intenciones de aquel acto por el momento poco y nada afectaban a mi cronograma de actividades. Cuando por fin finalicé mi anuncio tallado en madera no pude ocultar mi orgullo, como si todos mis problemas fueran a ser solucionados por semejante pequeñez.

"Historias gratis."- leyó lo que había escrito con cierta curiosidad. -"¿Qué pretendes hacer?"- cuestionó sin comprender lo que yo tramaba.

"No conozco tu reino a fondo."- comencé a explicar. -"Digamos que nomás he tenido la oportunidad de apreciar una fugaz vista. Es un buen país."- aquellas palabras la tomaron con la guardia baja, no esperaba tal halago proveniente de la boca de un hombre. -"Pero como es natural, no es perfecto. A Damur le hace falta algo, la esencia de la vida podría decirse. Algo que le de significado a sus rutinas."-

"Como bien dijiste, no conoces nuestro reino a fondo."-

"Pero de lo que estoy hablando, ustedes no lo poseen. Si lo tuviesen, se vería a primera vista. Si poseyeran tal cualidad, no sería necesario que yo pase hambre."- quizás fue una mala elección de palabras por parte mía, y ella atacó malinterpretando mis propósitos.

"Lo que tú vas hacer, ya otros los han intentado."- la miré intrigado. -"He escuchado de hombres que hace mucho tiempo atrás, llegaron al puerto de Tauleu e intentaron hacernos creer mediante discursos que Damur sería un mejor país si fuese controlado por los hombres."- al escuchar aquello no pude hacer otra cosa más que largar una honesta carcajada, y le respondí con total honestidad.

"No tienes idea de lo que planeo hacer."-

Capítulo 6

Amante eterno - Parte 3 (por Loira)

- "¿Qué opinión te merece nuestro invitado?" -

- "Sin importar lo que haga o diga, no deja de ser un hombre." - respondí ante la pregunta de la reina. He sido citada para dar mi informe sobre mi guardia, fue toda una sorpresa para mí que quien estuviese para recibir el reporte resultase ser la líder de Damur.

- "Cuando era chica, escuché una anécdota sobre tu abuela, la gran heroína del asedio de los cincuenta días." - esto estaba tomando un rumbo que no comprendía pero no podía evitar sentir curiosidad por lo que me decía. - "Dicen que tu abuela en su momento, antes de que se produjera la invasión, había intentado unirse a la palguer aunque fracasó."

"El dato interesante es la razón por la que ella quiso acceder a tal posición. No fue por un deseo innato de proteger el reino o servir a la realeza. Su deseo se caracterizaba por ser de una simpleza única. Tan sólo quería vestir la armadura ceremonial, pues pensaba que era una de las más bonitas de todas las que poseemos aquí." - debe tratarse de una broma, yo no tenía idea de aquello, nunca había escuchado sobre eso antes. La reina prosiguió:

- "Admiro eso. A pesar de tener una motivación tan sencilla, cuando se presentó la oportunidad y tuvo que poner sobre sus espaldas el destino de su hogar, no vaciló. En vez de escapar y dejar que alguien más se hiciera cargo, juntó todo el coraje que pudo y plantó una defensa que incluso hoy en día es recordada y celebrada." - dejó de hablar para observarme por un momento y continuó explicándome ahora. - "Quizás creas que tu misión es simple y sin importancia, pero no lo es."

"No deja de ser un hombre, has dicho. Los hombres gobernaron en el principio, hasta que nosotras tomamos el control. Los hombres han venido portando armas intentando someternos. Los hombres llegaron en barcos y haciendo uso de la palabra intentaron en vano volvernos unas contra otras. También son los hombres quienes llegan cada tanto sin nada más que su prepotencia y orgullo, pensando en que aquí conseguirán la gran vida solamente porque somos mujeres."

"Sin importar qué clase de artimañas traigan consigo, ellos siempre han caído, no han podido con nosotras. Ya sea en el campo de batalla, en sus plataformas donde armaban discursos, o en sus pequeños rincones donde se acurrucan sufriendo el hambre ante la indiferencia de nuestra sociedad. Damur ha prevalecido todos estos años. No por mera casualidad ni porque confiamos estar en lo correcto, sino porque a pesar de nuestras

diferencias entendemos cómo piensan y actúan."-

Creo que todo el sermón ha sido porque tomé muy a la ligera su primera pregunta, lo mejor es dejar que termine de explayarse. No se dirige a mí de forma autoritaria ni mucho menos, sino de una manera amable. -

"Entonces Loira, déjame que cambie mi pregunta. ¿Qué clase de hombre es Gabfiu?"-

"Es una clase de persona que nunca hemos conocido."- esa fue mi respuesta tras pensar con cuidado por un momento. Luego de eso estuve casi toda la mañana con la reina compartiendo mis opiniones sobre él y todo lo que había visto. Ella estaba interesada tanto en su accionar como en lo que yo misma pensaba.

Coincidimos en que era realmente extraño que no hubiese sucumbido ya ante el hambre y la sed. Sugirió que fuese probable que su cuerpo haya sido preparado para semejante desafío. Yo la miré incrédula ante aquel comentario, a lo que respondió que a nivel teórico era posible, y de ser verdad eso, no podíamos permitir que Gabfiu saliera del país.

También me recomendó que tuviese cuidado, eso fue cuando le conté sobre su manera de dirigirse a mí y que le había prestado mi cuchillo para tallar la madera. Me dijo que lo más probable era que intentase ganar mi confianza para que baje la guardia y aprovechar la situación a su favor. No obstante tampoco podía crear una distancia considerable, después de todo, estando cerca de él me sería más fácil observar y estar al tanto de sus verdaderas intenciones.

Sobre esto último, la reina opinó lo mismo que yo en un principio cuando escuchó sobre el anuncio que había estado preparando en madera. - "¿Historias gratis? Si es esa clase de hombre no debemos preocuparnos. Los discursos en contra de nuestro sistema tenían cierta repercusión hace años, pero ya no más."- sin embargo cuando le conté la respuesta que me había dado, se quedó sin palabras.

Han pasado algunos días desde mi reunión con la reina, así también como de que Gabfiu se instalara por primera vez con su cartel hecho en madera. Pasaba toda la mañana y toda la tarde bajo la sombra de un gran árbol en una de las plazas de la zona comercial de Fiefemi, sentado al lado de su letrero, esperando que alguien se detuviera a escuchar lo que tenía para decir.

Las mujeres de la ciudad pasaban en frente ignorándolo por completo. ¿Qué clase de historias podría ofrecer? Creo que todas pensaban algo similar a la reina y yo, que su intención era nada más y nada menos que conseguir un cambio para los hombres atacando a nuestro estilo de vida.

No sé cuántas jornadas habrán pasado, pero Gabfiu parecía no perder la esperanza y permanecía allí aguardando a una persona lo suficientemente curiosa como para que estuviese dispuesta a escuchar. Hasta que un buen día, una joven adolescente se detuvo frente a él diciéndole:

- "¿Qué clase de historias?" -

El hombre se levantó despacio, para no causar temor en la recién llegada, y preguntó de inmediato aunque de manera pausada:

- "¿Qué sabes sobre el amor?" -

Capítulo 7

Amante eterno - Parte 4 (por Gabfiu)

- "¿Qué sabes sobre el amor?" -

Si mi teoría es correcta, las mujeres de Damur desconocen la esencia del amor. Por dicho motivo aquello fue lo primero que le pregunté a la niña que se acercó a mí. Su mirada era desafiante, como si supiera que estaba peldaños más arriba que yo en la sociedad, además que detrás suyo Loira montaba guardia vigilándome.

- "Amo mi país." - respondió a secas. Dentro mío me alegraba, estaba en lo correcto. Ella se sentó frente a mí y hablando en un tomo como si fuese su sirviente me dijo: - "Estoy aburrida y tengo algo de tiempo libre, puedes contarme una de tus historias." - era algo natural su manera de expresarse, después de todo calculaba que debía ser el primer hombre libre con el que trataba, por lo que decidí ignorar su forma de desenvolverse.

- "Esta es la historia de una pequeña, cuyo nombre era Nana..." -

Tuve suerte. De toda la posible audiencia que podía llegar a tener, la primera persona en sentarse frente a mí fue una adolescente. Casi por regla general la juventud es quien más fácil se adapta, o al menos, está predispuesta a oír nuevas ideas. Según mis cálculos debía de tener unos catorce años, no más de eso, lo cual sugería que tampoco creería nada de lo que yo dijese. Al menos, no antes de poner a prueba cada una de mis palabras.

Aún así, para sorpresa mía en ningún momento me interrumpió, ella tan sólo se encontraba sentada mirándome mientras escuchaba, quizás de manera indiferente. Si estaba teniendo éxito o no, no podría asegurarlo en ese momento. Digamos que su postura era neutral, aunque en lo personal el simple hecho de que siguiera allí sentada y no se hubiese marchado lo tomaba como una muy buena señal.

- "¿Eso es todo? ¡No puede ser que ahí termine!" - exclamó cuando yo finalicé mi relato.

- "No se puede empezar una historia de este tipo y finalizarla en el mismo día. El amor es mucho más complejo que eso." - me excusé tomando una postura distinta, a lo que a continuación agregué: - "Mañana si vienes habrá más, pero tendrás que esperar hasta entonces." -

Habiendo dicho aquello, procedí a sentarme reafirmando mis intenciones y mi oyente se quedó mirándome fijo durante un instante. Se puso de pie

cruzándose de brazos sin decir palabra alguna, en un intento por obligarme a continuar mi narración, pero su silenciosa intimidación no tuvo el efecto deseado. Finalmente optó por irse a la vez que se despedía diciendo en un tono elevado:

-¡Vaya fraude!"-

Capítulo 8

Amante eterno - Parte 5 (por Loira)

¿Qué haces? ¿Por qué te sientas frente a él? ¡Vete! Pensaba en mi interior al ver a esa pobre muchacha que había sido atraída por la trampa de Gabfiu. Bueno, la verdad era que de continuar con su rutina, tarde o temprano alguien cedería ante la curiosidad y escucharía lo que tenía para decir. Por suerte ha sido una adolescente, no creará una sola palabra que salga de su boca.

Mis órdenes al respecto fueron bien detalladas, debía intentar mantenerme al margen sin interferir en lo más mínimo. Dejar que todo siga su curso natural, a menos claro que se produzca algún hecho que sea meritorio de mi intervención. Agde, una joven miembro de la palguer que estuvo presente en mi reunión con la reina, sugirió que tratara de estar lo más lejos posible.

La razón de aquello sería para no condicionar el discurso o lo que sea que Gabfiu tenía en mente. De conseguir alguien que lo escuchara, eventualmente nos enteraríamos de sus palabras y allí procederíamos a tomar acción. Hasta ese entonces, el hombre libre debería sentirse como tal, para que revelase por sí mismo sus intenciones.

Visto desde fuera, la joven parecía atraída por lo que el intérprete narraba. Era casi como si se tratase de una conversación de amigos donde sólo uno de ellos hablaba. Al menos fue así hasta que algo molestó a la niña. Parecía que discutían, aunque en todo momento él se mostró sereno. Por lo que pude suponer su oyente le reclamaba algo, aunque no sé qué habrá sido. Finalmente ella se marchó a la vez que dijo en un tono que las demás mujeres que estaban en las cercanías pudieron escuchar:

"¡Vaya fraude!"-

Algunas voltearon para observar lo ocurrido pero la escena no presentaba nada alarmante. El extranjero estaba sentado sobre la hierba apoyándose en el tronco de un árbol mientras que la adolescente se alejaba, dejando ver cierta bronca en su rostro. "Eso pasa por ir a escuchar a un hombre."- seguramente la mayoría pensaba aquello, por eso nadie se le acercó para averiguar lo que había ocurrido. Y la calma de Gabfiu tampoco invitaba a entrometerse. Al parecer le restaba importancia a lo ocurrido.

Un nuevo día comenzó y haciendo su clásica rutina se preparó debajo del árbol para esperar a alguien que se sentara a escuchar sus historias. No quiero reconocerlo, pero me sentía atraída por la terquedad de su esperanza, aún ante los acontecimientos de la jornada anterior él todavía aguardaba a una oyente. Era la tarde ya cuando sucedió algo que me dejó

pasmada.

¡Qué demonios pasa aquí! Pensé sin dudar. No podía creer lo que mis ojos estaban viendo. Allí se encontraba de nuevo aquella muchacha, que sin prejuicio alguno había acusado a Gabfiu de ser un fraude. Algo dijo ella, a lo que el hombre respondió sonriendo, y al igual que el día anterior, tomaron sus respectivas posiciones para una vez más convertirse en narrador y público.

"No entiendo. Ayer se marchó tan enojada. ¿Por qué regresó?"- me preguntó una comerciante de la zona al ver que estaban los dos reunidos nuevamente, a lo que respondí con total sinceridad que no lo sabía.

Sí, su regreso fue algo inesperado para las mujeres habitué de aquel sector de la ciudad y que habían presenciado el escándalo de la primera ocasión. Pero poco y nada parecía importarle a la niña que se veía absorta por las palabras del hombre. Muchas pensaron que quizás estaba siendo víctima de algún tipo de hechizo y habrían intervenido si yo no hubiese estado presente.

Mi presencia se tornaba una señal de que la reina era consciente de la situación, y por alguna razón dejaba que las cosas transcurrieran de dicha manera. La verdad, resultaba ser que más allá de cualquier conjetura que se pudiera hacer, Gabfiu en ningún momento había traspasado alguna ley de Damur. Nunca nos dio motivos para aprehenderlo.

Los días pasaron con normalidad, y la joven se convirtió en una asistente bien puntual por la tarde. De hecho al tercer día dejó de ser una oyente pasiva, sino que cada tanto soltaba alguna risa o exclamación de asombro, y luego del cuarto día el extranjero dejó de ser el único que hablaba. Cada tanto ella lo interrumpía levantando la mano bien en alto para hacer preguntas, según deduje.

Debido a la nueva dinámica los encuentros se fueron prolongando un poco más. Al quinto día sucedió algo que llamó la atención a quienes prestábamos atención a ambos, la adolescente había llegado bastante antes de lo habitual. Y nuevamente tuvo un intercambio de palabras con Gabfiu, estaban discutiendo como el primer día. Ella se retiró a buscar algo a uno de los comercios de la zona y al rato volvió para sentarse una vez más, aguardando en silencio.

Inmediatamente me di cuenta de lo que sucedía, existía un horario establecido y la joven intentó comenzar antes, por eso había sido la discusión anterior. Fue entonces que me imaginé lo que debió haber sucedido el primer día, quizás ella quiso continuar y el hombre se rehusó.

"Si mañana regresa, yo también iré."- murmuró con cierta duda una joven. De la misma manera que Gabfiu tenía una oyente allí en frente,

algunas mujeres se unían a mi guardia también, atraídas por la curiosidad, pero ninguna se animaba a sumarse al exclusivo público bajo el árbol. -"Puedo entender que lo escuche por uno o dos días. La curiosidad tiene ese efecto, pero mañana ya serán seis días seguidos."-

Pasaron casi dos semanas desde que el extranjero tuvo su primera oyente, y su público se volvió más numeroso. Incluso ha abandonado el árbol donde solía estar y se ha adentrado más en la plaza, para evitar que su concurrencia interfiriera con quienes transitaban por la calle.

- "¿No sientes ganas de ir también allí y ser una víctima más? ¿A endulzarte los oídos con sus historias?" - volteé para ver quién me hablaba. Era Agde, quien se encontraba vestida de civil. Mi compañera se acercó a mi lado consultándome: - "¿Le has preguntado a alguien sobre qué habla todas las tardes?" - respondí negativamente. - "Son simples historias. Al menos eso es lo que dicen los comentarios, un tipo de historias que nunca han sido contadas en Damur." - la miré con sorpresa y ella tan sólo terminó por decir: - "Según dicen, son historias de amor. Por eso estoy aquí, para escuchar por mí misma sus palabras." -

Me saludó y luego se marchó para unirse a la audiencia, pues ya iba siendo hora de que Gabfiu comenzara su habitual narración. Desde que había empezado a tener más gente frente a él su forma de actuar cambió. Ya no se trataba de una íntima charla de amigos, sino que parecía moverse sobre un escenario invisible, yendo y viniendo, ayudándose de sus brazos, manos y piernas para darle énfasis a la locución.

Y la reacción por parte del público también había adquirido un encanto particular. Distintas emociones se podían escuchar en la plaza, casi al unísono, en respuesta a lo que iba transcurriendo en la historia que estaba siendo relatada. Yo no formaba parte de eso, yo era apenas una testigo ajena, una espectadora privilegiada que presenciaba aquella experiencia única sin caer bajo el hechizo de Gabfiu.

El hecho de que Agde haya hecho acto de presencia en la plaza significaba que la reina había decidido que era momento para que las acciones del extranjero comenzaran a ser controladas más de cerca, aunque con sutileza. Qué sería lo que mi compañera escuchaba allí en medio de la multitud, no lo sabía, aunque todo pareció transcurrir con absoluta normalidad.

Hasta que una mañana Gabfiu me avisó que iría a recorrer los puestos comerciales de Fiefemi. Según tenía entendido él no contaba con nada de dinero de Damur. Si bien congregaba una cantidad de gente relativamente importante todas las tardes, sus historias eran gratis. Por esa misma razón me resultaba desconcertante su visita en busca de algo que sin lugar a dudas no podría pagar. ¿Habría sido por azar del destino? Pues

aquel simple recorrido, lo terminaría conduciendo a uno de los rincones más problemáticos de la ciudad.

Capítulo 9

Amante eterno - Parte 6 (por Gabfiu)

Hace unos días tuve la oportunidad de recorrer la zona comercial de la ciudad, tratando de encontrar algo específico, pero no tuve suerte. Sin embargo en medio de aquel trayecto un puesto que vendía flores captó mi atención. Las había de una gran variedad y quien atendía aquella tienda mencionó con cierto orgullo que eran de lo mejor que se podía encontrar en Fiefemi. Aunque obviamente, según sus propias palabras, no se podían comparar con las que crecían en los campos de Fleude.

No obstante fue un pequeño ejemplar, que a primera vista resaltaba mucho menos que sus majestuosas compañeras, el que se robó mi atención. Ante mi consulta sobre dónde se cosechaba esa flor, la mujer miró con cierto aire de vacilación a Loira, quien en todo momento permanecía junto a mí. -"En las tierras de Mater."- fue su respuesta, aunque la duda en su voz me quiso llevar a saber más al respecto.

- "Me gustaría visitar ese lugar llamado Mater."- le comenté a mi guardiana una vez que quedamos solos nuevamente mientras caminábamos por las calles de la ciudad, y ella burlándose de mi ignorancia me corrigió.

- "No es un lugar. Mater es el nombre de la señora que cuida esas tierras."- un pequeño malentendido, pero había algo singular en sus palabras. Antes de poder preguntar más, fue Loira quien me interrogó: - "¿Por qué deseas ir hasta ese lugar?"-

- "Era para poder apreciar por mí mismo los campos cubiertos de esas flores."-

- "Son bastante comunes, comparadas con el resto. ¿Qué les has visto de especial?"- comentó dejando entrever que quizás yo no era un conocedor a fondo de aquel rubro, pero no respondí por lo que simplemente agregó: - "Preguntaré si podemos ir hasta allá, aunque tal vez tome un tiempo saberlo."-

De hecho recién al cuarto día partimos hacia nuestro destino con una comitiva inusual, al menos para lo que había vivido hasta el momento, ya que además de quien me vigilaba siempre también me acompañaban seis mujeres más. Pensé que tenían temor de que me fugara, o intentase perder a mi guardia para adentrarme en Damur, pero aquellas vagas ideas quedaron en el olvido cuando escuché la advertencia de Loira.

- "La reina te ha autorizado a ir hasta allí, pero con una simple condición.

Tienes prohibido tener sexo con cualquiera de las mujeres del lugar."-

Esa fue la regla más extraña que había oído desde que llegué a este país. Por un lado, dejaba abierta la posibilidad de que aquello ocurriese, por otro, era evidente que en Fiefemi semejante restricción no era necesaria. Por supuesto, dudaba mucho que las mujeres de la ciudad se atrevieran a tal placer, al menos conmigo, pero en caso de que sucediera no sería visto como un crimen.

Unos extensos campos de paynefur nos daban la bienvenida a lo que parecía ser una pequeña casa en medio de un paraje solitario. Alejada lo suficiente de la ciudad como para sentirse fuera de su influencia directa pero lo bastante cerca como para llegar tras unas horas de caminata, se encontraba una de las grandes imperfecciones de Damur.

Si, paynefur era el nombre de las flores que me habían llevado hasta aquel lugar. Su presencia aún en grandes cantidades no resultaba atractiva a la vista. Quizás en todo el reino yo era el único que era capaz de apreciar su belleza, o al menos su potencial. Entre medio de las interminables líneas cubiertas de pétalos blancos podía ver algunas mujeres trabajando, y la total ausencia de hombres llamó mi atención.

Porque en Fiefemi resultaba de lo más normal ver a mis pares, a pesar de no ser completamente libres como yo. Creo que sin pensarlo había llegado a un escenario interesante por demás, aunque si sería capaz de conseguir alguna información al respecto o no, era otro cantar.

Una mujer de unos sesenta años se aventuró a recibirnos, y fue interrumpida en su camino por los soldados que venían conmigo. Loira me dijo que para evitar problemas permaneciera a su lado, la manera de actuar y hablar que reveló entonces me dio la impresión de que no quería que nada malo me pasase. Me pregunto cuándo habrá sido la última vez que se preocupó así por alguien del sexo opuesto.

-¡Bienvenido! ¡Bienvenido a nuestro humilde hogar!"- dijo con una gran sonrisa aquella mujer. -"No recibimos muchas visitas por estos lados, en especial de hombres."- quiso abrazarme a modo de saludo, pero mi guardiana se interpuso evitando que lo hiciera. Su actitud era todo lo opuesto a lo vivido en Fiefemi hasta entonces, estaba alegre por mi visita. La mera idea de tener un hombre libre como huésped no le causaba repulsión, sino todo lo contrario. Creía entender mejor la advertencia que me habían hecho, aunque todavía no comprendía el verdadero motivo.

Siendo nuestra guía Mater nos hizo ingresar a la sala principal de su casa, donde las jóvenes que vivían con ella se encargaron de ofrecernos algo para tomar y comer. Loira se sentó a mi lado mientras que en frente en el otro extremo de la mesa se situó nuestra anfitriona. Mis demás escoltas permanecieron de pie algunas, mientras que otras se marcharon a tomar

algo de aire fresco.

"¿Por qué la reina lo ha enviado aquí si no confían en nosotras?"- preguntó a mi compañera, mofándose. -"Media docena de soldados, ¿no te parece un tanto excesivo?"-

"No lo ha enviado, él pidió visitar tus tierras."- explicó sin caer en su juego.

"¿Por qué te has tomado la molestia de venir hasta aquí? ¿Qué pueden ofrecerte un par de mujeres como nosotras?"- dijo con absoluta provocación. Definitivamente, esta mujer era un peligro para todo lo que Damur representaba.

"He venido a preguntarle si puedo tomar un puñado de paynefur de sus campos."- respondí, haciéndome el desentendido sobre sus previas insinuaciones.

Lanzó una carcajada amigable ante mis palabras. Loira no podía comprender eso, tal vez fue por la inocencia de mi respuesta, y las jóvenes que estaban presentes tampoco podían leer el ambiente, pero Mater vio más allá de mis dichos. Sabía que yo había entendido lo que quiso decir y cómo decidí ignorar su invitación ateniéndome al exclusivo motivo de mi visita.

"Me han dicho que ninguna de nosotras puede acostarse contigo."- volvió al ataque, tomándome por sorpresa, pensaba que eso había sido apenas una prohibición sólo para mí. Mi compañera no dijo nada, pero se la notaba tensa. -"¿Sabes por qué?"- moví mi cabeza indicándole que no y agregó: -"Porque todas nosotras aún tenemos hijos a la vieja usanza, de la manera divertida."-

"¿Entonces cómo es el método actual?"- pregunté aprovechando la situación única que apareció ante mí y que me llevaría a dejarme anonadado una vez más sobre la realidad de Damur.

La gran sorpresa no se debió al procedimiento en sí mismo, sino a las implicaciones que este conllevaba. Después de todo Damur a simple vista no dejaba de ser un reino de mujeres donde los hombres estaban destinados a un rol secundario. Sin embargo, a pesar del barbarismo que uno podría imaginar gracias a las limitaciones que se apreciaban en la capital, la cruda verdad resultaba ser que todas las personas en el reino, sin importar si se trataban de hombres o mujeres, se concebían en un laboratorio.

Fisenai así denominaban a tal práctica, que no era otra cosa más que una reproducción artificial a través de la manipulación genética. Porque si bien aquel método surgió como respuesta a una problemática en concreto de

Damur, con el tiempo evolucionó para convertirse en algo mucho más beneficioso.

Según las palabras de la propia Mater, la gran contra de la forma tradicional de tener hijos es la imposibilidad de mantener en un número aceptable la cantidad de hombres por nacer. Los riesgos de que haya demasiados como para poder controlarlos eran exageradamente altos. Por supuesto, al alcance de la mano siempre estaba la posibilidad de un eventual genocidio que sirviera como selección natural para así mantener el equilibrio. No obstante el pueblo de Damur era demasiado civilizado para emplear semejante solución.

En un principio la fisenai sólo se trató de una herramienta para controlar la natalidad, sin embargo en la actualidad consistía en un procedimiento mucho más completo que en sus orígenes. La reproducción artificial hoy en día garantizaba una mayor resistencia a las enfermedades, así también como la eliminación de cualquier alteración genética natural que un infante común podía llegar a presentar al momento de su nacimiento.

¿Por qué entonces existía en Damur alguien como Mater con tales tradiciones? Tal vez por un mero respeto a sus creencias un tanto antiguas, al menos eso pensé. Pero cuando se lo pregunté abiertamente ella nomás sonrió a la vez que dijo:

"No existe sistema perfecto en este mundo, o al menos en Damur."- pareció como si hubiese dicho algo que no debía, y completó su pensamiento excusándose. -"En especial cuando se trata de concebir vida de manera artificial."-

Algo había cambiado en el porte de Loira. Mientras yo escuchaba en que consistía la fisenai ella se había mostrado con cierto orgullo, a pesar de que en ningún momento intentó tomar la palabra. Sin embargo cuando nuestra anfitriona se adentró en las falencias de aquel método, mi guardiana dejó entrever cierta vergüenza.

El gran punto débil de la gestación artificial se centraba en que con el transcurso del tiempo era imposible crear generaciones enteras de una manera continua. Mater lo explicó lo mejor que pudo, a pesar de no ser una especialista en la materia. Los genes del pueblo de Damur tenían una utilidad limitada para emplearse en la fisenai, por esa razón es que se le permitía a su familia concebir hijos de una manera natural. De hecho, cualquier mujer del reino de querer hacerlo de la misma forma tenía todas las posibilidades de lograrlo.

Parecía casi irónico, la sola existencia de Mater y su familia, que aún practicaban creencias arcaicas, podría considerarse un insulto o una herejía a lo que Damur aspiraba. No obstante se trataba de lo único que a su vez permitía que el reino mantuviese su crecimiento demográfico a

través de la artificialidad.

"Un espécimen masculino del exterior es invaluable, si es que consigue pasar el control de calidad."- comentó la mujer que tenía en frente mío. Eso explicaba muchas cosas. Sumando el hecho de que había pasado semanas sin comida ni bebida alguna, no era descabellado el pensar que vieran la posibilidad de que yo mismo contara con alguna modificación genética.

Luego de aquello la conversación derivó en preguntas sobre lo que yo pensaba y había estado haciendo en Damur todo este tiempo. Nos encontrábamos recorriendo el campo de paynefur cuando escuchó que me dedicaba a contar historias de amor en una de las plazas de Fiefemi.

"Deben estar realmente confundidas."- expresó de manera burlona. -"Las mujeres de la ciudad creen saberlo todo sobre el amor. Porque tienen hijas, esa es su excusa."-

"Nuestras hijas no sufren por nuestra imprudencia."- contraatacó Loria tomándome por sorpresa. No esperaba que ella interviniera en la conversación, no a estas alturas.

"Es muy fácil amar a una hija que jamás se enfermará o que sabes que podrá caminar y tener una vida plena."- Mater no permaneció callada y respondió a la joven. -"¿Qué harías si una de tus hijas naciera con un defecto? ¿Si supieras que no llegaría a ser una adulta? ¿Escogerías amarla o la abandonarías entre los pastizales por no ser lo suficientemente fuerte?"

"¡No sabes nada del amor! De la misma manera que yo tampoco sé nada sobre el mismo."- terminó diciendo con pena. -"Una cosa es jactarse de saber algo que desconoces, y otra muy distinta es admitir que no lo sabes."-

Definitivamente aquello era la reprimenda de una mujer de avanzada edad hacia una muchacha que aún no había caminado siquiera la mitad de sus años. Sí, también estaban de por medio sus puntos de vista totalmente opuestos sobre un asunto más que problemático en cuanto a principios. Aún así, a pesar de que tal vez hubiese sido interesante ver como finalizaba aquella discusión decidí alejarme un poco para recoger algunos ejemplares de flores, al fin y al cabo, en eso constaba el verdadero propósito de mi visita.

"¿Cuál es el problema que una flor haya visto demasiados inviernos? Lo importante es que en primavera aún enamore con su belleza."- esas fueron mis palabras a modo de saludo hacia Mater, cuando fue la hora de

emprender el viaje de regreso. No hubo respuesta alguna, apenas una mirada cortés en un rostro que se enrojecía de vergüenza.

Capítulo 10

Amante eterno - Parte 7 (por Gabfiu)

Estaba por caer la noche cuando llegamos a las afueras de la ciudad, y allí nos esperaba una soldado. Loira me indicó que esperara y se adelantó para ir a su encuentro. Supuse que iría a explicar el motivo de nuestro retraso pero algo me llamó la atención, por lo que decidí seguir sus pasos.

- "¿Tanto extrañas mis historias que vienes a esperarme?"- pregunté con simpatía a aquella mujer. Mi guardiana volteó de inmediato, regañándome con la mirada por haberme acercado. - "Te he visto a diario en la plaza, aunque no sabía que eras soldado."-

- "Soy Agde, miembro de la palguer."- se presentó, a lo que respondí en un tono amistoso.

- "Soy Gabfiu."-

- "Dudo mucho que haya alguien en Fiefemi que no te conozca."- comentó ella, dando a entender que no era necesaria tal presentación.

- "Aún así cuando alguien dice su nombre, lo correcto es presentarse también, aunque sea sólo por mera cortesía."- intenté alejarme para dejarlas a solas, así que me disculpé diciendo: - "Conozco el camino hacia la plaza. Mi árbol me espera para darme abrigo."-

- "Espera."- me detuvo Agde. - "Hoy dormirás en otro lado, al menos si así lo deseas."- confundido miré a Loria, pero percibí que ella tampoco sabía nada al respecto.

Acompañado únicamente por las dos mujeres me interné en la ciudad, el resto de mi escolta había partido ya, finalizada su tarea especial del día. Estábamos en un área residencial de Fiefemi, a unas cuadras de la zona comercial donde días atrás yo descubrí el puesto de flores.

Con suavidad Agde llamó a la puerta de una vivienda y una mujer de unos cuarenta años aproximadamente nos dio la bienvenida. Se la veía contenta por habernos recibido, tenía el cabello negro que le llegaba hasta casi pasando los hombros. Le notaba en su forma de ser una mezcla de entusiasmo y timidez, temerosa de actuar de forma inapropiada sería la mejor descripción.

- "Gabfiu, ella es Galia."- la presentó Agde, pero antes de que continuase

dije:

"La he visto, en la plaza, entre el público a la hora de mis historias."-

"A partir de hoy podrás descansar aquí por la noche, lo mismo que almorzar y cenar."- explicó la soldado ignorando mi comentario. "En otras palabras, a partir de hoy vivirás aquí, si así lo deseas."-

"¿A qué costo?"- pregunté.

"Seguirás siendo un hombre libre. Loira y yo cenaremos con ustedes hoy, y a futuro serviremos como testigos de que has recibido techo y comida sin comprometer tu libertad."-

"¿Y se supone que debo confiar en que dos mujeres testifiquen a mi favor?"- pregunté seriamente, pero sin evitar darle un tono de burla al cuestionamiento.

"Puedes quedarte en la plaza, si allí estás más cómodo."- me respondió molesta por mi insinuación.

"¿Qué opinas?"- dije mirando a mi guardiana, tomándola con la guardia baja, ya que hasta el momento era una simple espectadora. "¿Puedo confiar en ellas?"- asintió y yo simplemente me limité a decir: "Bien, supongo que confiaré en la palabra de Loira entonces."-

Cenamos los cuatro y luego mis escoltas se despidieron. Lo que estaba sucediendo era demasiado sospechoso, y no tuve dudas en dejárselo en claro a mi anfitriona. En respuesta tan sólo sonrió y me indicó que permaneciera en la sala de estar. Al rato apareció trayendo una bandeja con dos tazas de té. Tenía todas las intenciones de mantener una conversación. Por mi parte la cuestión sería si en verdad podía confiar en lo que dijese ella.

Aquella jornada, con lo vivido en los campos de Mater y con mi conversación con Galia saqué en conclusión de que no existía en todo Damur una prohibición para que las mujeres no interactuasen con los hombres libres. El hecho de que nadie me haya ofrecido comida o hablado siquiera era por voluntad propia, y no producto de una ley o algo similar.

Galia me comentó que de haberla tenido, la voluntad, cualquier mujer de la ciudad podría haberme recibido en su hogar o darme algo para comer. Pero por experiencia general a los hombres que no pertenecían a Damur se les temía, o mejor dicho, se los consideraba potencialmente peligrosos. Ella misma, tuvo que tener una reunión con la reina para que le permitiera darme asilo. Me explicó que era una vieja amiga de la líder de Damur, de

la época en que ambas estudiaban.

- "Pero no creas que puedes usar eso a tu favor Gabfiu." - me advirtió con seriedad. - "La reina me solicitó que informara de lo que tu realizaras o dijeras." - su tono de voz dejaba notar cierta vergüenza. - "Pero yo no quise invitarte para poder espiarte, así que me negué." -

- "Y aún así, aquí estamos." -

- "Me aclaró, que si tú haces algo contra Damur, seré considerada una cómplice tuya y no podrá ayudarme." - me miró a los ojos con una sinceridad que atravesó mi espíritu. - "Si en verdad no planeas hacer nada malo, eres bienvenido aquí." -

- "La verdad es..." - comencé a decir y viéndola, sintiendo como ansiaba confiar en mí, no pude hacer otra cosa más que hablar con total honestidad. - "La verdad es que no tengo idea de lo que haré en Damur. No tengo planes, sólo uno, con estas paynefur que utilizaré de aquí unos días." -

- "Tienes gustos sencillos." - comentó haciendo alusión a las flores.

- "Lo sencillo es lo que le da relevancia a lo extravagante. Y lo más interesante es que también funciona en el sentido opuesto." -

- "Tengo el presentimiento de que si algún día dejas Damur, te será muy complicado poder ver con buenos ojos a las mujeres." -

- "No estoy tan seguro." - respondí con certeza. - "Después de todo, amo a las mujeres." -

Capítulo 11

Amante eterno - Parte 8 (por Loira)

Cuatro días pasaron desde que Gabfiu comenzara a vivir con Galia y desde entonces nada extraño había ocurrido. Al menos hasta hace un momento, cuando me pidió que hoy permaneciera más cerca de él que de costumbre durante su puesta en escena en la plaza.

Era la primera vez que escuchaba en directo una de sus historias, pero lo cierto es que estaba lejos de atraparme en sus hilos imaginarios. Su voz llegaba a mí, pero no así el contenido de lo que enunciaba.

¿Por qué yo era la única que permanecía ajena al encantamiento de su relato? ¿Podría ser acaso que la narración estaba demasiado avanzada ya como para que surtiera efecto en mí? Quizás, pero en todo momento no dejé de prestarle atención y tuve una sensación que me aterró, me sentía atraída por Gabfiu.

Era una luz que brillaba intensamente y que no dejaba que sus dichos se enredaran en mí. Mejor dicho, no era necesaria tal artimaña, pues al fin y al cabo ya me encontraba hipnotizada por su sola presencia. ¿Cuándo sucedió eso? Tal vez fue bien en el principio, en los primeros días que comenzó con su espectáculo diario, ¿o habrá sido desde el mismo instante en que lo vi llegar al puesto de avanzada en la frontera?

Aquel último pensamiento me petrificó, era posible que mi juicio con respecto a él haya estado comprometido en todo momento, por una emoción que no podía explicar. Pero antes de poder continuar divagando, mi mente fue traída a la realidad una vez más cuando sentí los aplausos de la audiencia.

Gabfiu se inclinó en señal de agradecimiento y cuando observé al público no pude creer lo que veía. Algunas mujeres estaban llorando de la emoción y se refregaban los ojos con pañuelos intentando secárselos. ¡Incluso Agde dejaba escapar algunas lágrimas! Por un instante di gracias de no haber sido envuelta en el mar de emociones de esa historia.

- "Hoy he traído un presente para ustedes, para una de ustedes." - dijo Gabfiu, captando la atención de las espectadoras de manera inmediata. - "Pero antes que nada, deben saber que sin la ayuda de Loira, este pequeño gesto de mi parte hubiese sido imposible." -

¿Cómo describir lo que presencié en aquel momento? Que él me nombrara fue toda una sorpresa para mí, y por supuesto resultó serlo también para todas las mujeres que estaban allí. Pero cuando escucharon que dijo mi nombre voltearon para verme, aunque esa mirada contenía algo que no

era común en nosotras, celos.

- "A ver, a ver. Estoy seguro de que estaba por aquí, si es que en verdad lo traje."- comentó Gabfiu en voz alta para que todas lo escucharan, mientras hurgaba en su bolso obviamente con la intención de generar expectativa entre la afición, porque ¿cuántas cosas podría tener allí? - "¡Aquí está!"- exclamó a la vez que levantaba bien en alto un pequeño círculo elaborado con paynefur. Sin adelantarse desde donde estaba, extendió su mano derecha y mirando a una de sus seguidoras la llamó. - "Ven."-

Fue algo curioso de ver. No utilizó ningún nombre, no dio detalles, tan sólo la miró y su mano aguardaba para recibirla. Y ella sabía exactamente que la invitación era para sí misma, y las mujeres que estaban alrededor no confundieron el llamado, sabían quién era la destinataria de aquellas palabras. Tal fue la mirada del extranjero que provocaba esa respuesta entre las mujeres, sin dar lugar a que alguna se aprovechara de una eventual confusión.

La joven pasó al frente, tomando con timidez la mano del hombre. Él la guió con suavidad para que se situara a su lado y de una manera tan majestuosa, como si se tratara de una ceremonia muy importante, Gabfiu colocó su obsequio sobre la cabeza de la mujer haciendo de cuenta que era una corona.

- "He hecho este halo de paynefur para ti, mi primera oyente."- dijo con una voz cálida y una mirada serena. Así es, la adolescente que se sentó por primera vez junto a él y que aún teniendo un altercado al día siguiente regresó, tuvo el honor de recibir un obsequio del propio Gabfiu. Y allí se encontraba totalmente ruborizada por la situación.

El público aplaudía. No hubo objeción alguna a la elección que el hombre realizó. Ninguna de las presentes se sentía a la altura para reclamar esa corona. Que les gustaría recibir un regalo de las propias manos del narrador de historias, eso parecía casi seguro, pero en el fondo sabían que aún no podían considerarse merecedoras de semejante lujo.

No pude entenderlo, la paynefur era una de las flores más comunes de Damur, mucho menos agraciada y pintoresca que las que crecen en Fleude. Pero esa corona que la muchacha lucía, realmente resaltaba. No, no se destacaba por sí sola, ambas adquirirían una imagen completamente distinta cuando estaban juntas. Recuerdo que en ese entonces me pregunté qué efecto tendría en mí, si yo también la usara.

Capítulo 12

Amante eterno - Parte 9 (por Gabfiu)

Casi con cierto orgullo puedo decir que a pesar de ser un hombre libre, luego de varios meses soy aceptado sin grandes recelos en cualquier rincón de la ciudad. Por supuesto, sobre mí aún tengo la escolta personal que me acompaña a todos lados, pero para la mujer común de Fiefemi he dejado de ser una amenaza inminente, o al menos eso es lo que quiero creer.

El hecho de que permanezca bajo el mismo techo de Galia ha colaborado en parte. Aunque para incomodidad de ella no es para sorprenderse el hecho de que circule algún que otro rumor sobre una supuesta relación romántica entre nosotros. Nada más alejado de la realidad.

De todas formas, casi seguro que el pasear juntos por la zona comercial de la ciudad de manera habitual ha ayudado a que tales habladurías comenzaran a tomarse con mayor seriedad, pero ella no le ha dado gran importancia. Incluso hay momentos en que le gusta que se produzcan, como si se tratarán de una especie de elogio.

Por mi parte me gusta convivir con Galia. Por lo general sólo compartimos el almuerzo y la cena juntos, dentro de la casa. Por las mañanas y las tardes mi cita inamovible es en la plaza de la ciudad, donde las mujeres aguardan por escuchar mis historias nuevamente, ya que desde hace una semana, si bien estoy presente en el lugar, mis condiciones para exponer mis relatos han cambiado.

¿Estaré siendo demasiado ambicioso? Tal vez, pero también creo que tengo alguna que otra oportunidad verdadera de llevar a cabo mi nuevo proyecto en este reino de mujeres. Y todo gracias a mi inesperado, y quizás, inevitable encuentro con una niña llamada Nancy.

Habían transcurrido más de seis meses que me encontraba en el país cuando una noche que estaba regresando a casa de Galia, mi escolta me ordenó que la siguiera. Era la primera vez que veía a esa soldado, y sentí cierta curiosidad ante aquella indicación. Me llevó ante una vivienda bastante humilde en su fachada, en una zona muy poco transitada de Fiefemi. No ingresó conmigo, sólo me dijo que aguardaría en las cercanías hasta que saliera. Era evidente que con su presencia ella no quería delatar mi posición exacta en el vecindario.

A mis ojos apenas sería una niña, de unos quince años como mucho, tal vez menos. Estaba acompañada por una mujer adulta, quien luego deduciría se trataba de su criada. Su acompañante nos dejó a solas y la joven se presentó. Su nombre era Nancy, y según sus propias palabras

hacía bastante tiempo que quería conocerme en persona y oír de mis historias, pero debido al prestigio de su familia le resultaba imposible estar presente en mis audiciones diarias. Fue por ese motivo que había sobornado a mi escolta para que facilitara un encuentro entre ambos. Nunca lo mencionó, pero sobreentendí que Loira jamás hubiese accedido a tal cosa.

Como era de esperarse me ofreció una pequeña bolsa con dinero a cambio de poder oír mis historias, pero lamentablemente para ella me rehusé a aquel pedido. -"Uno no puede comprar el amor."- esa fue mi sincera respuesta y ella cuestionó con cierta ingenuidad.

- "¿Acaso mi dinero no vale?" -

Aún si habláramos sólo de una pequeña cantidad, en todo Fiefemi se sabía que prácticamente yo era mantenido por Galia, y que en mi poder no contaba siquiera con un mísero somie, que era el nombre que recibía la moneda de Damur. Aparecer de la nada con dinero generaría preguntas difíciles de responder. Se me hacía evidente que Nancy deseaba permanecer en el anonimato, por lo que decir la verdad quedaba fuera de discusión.

Al escuchar aquel razonamiento la pequeña permaneció pensativa por un instante. Luego de manera tranquila y, desligándose de cualquier problema, comentó: -"Supongo que un hombre lo suficientemente inteligente como para poder seguir siendo libre luego de tanto tiempo en Damur, encontrará una manera de ganarse frente a todos unos somies para su uso." -

Aquellas palabras venían cargadas de un elogio pero a su vez escondían, de una manera no tan sutil, un gran desafío. Tuve la intuición que la joven no sólo estaba interesada en mis historias, sino que estaba poniéndome a prueba. Y con gusto acepté aquel reto, el cual superé para nuestro próximo encuentro.

Después de todo, en mi situación actual ganar algo de dinero no me resultó para nada difícil. Simplemente bastó con colocar un pequeño recipiente vacío junto al cartel que tenía sobre mis historias, y todos los días al finalizar mi oratoria las mujeres de manera voluntaria dejaban alguna que otra moneda. Así es, definitivamente me había convertido en un artista callejero que se ganaba la vida gracias a la buena voluntad de su público.

Por su parte, el pago de Nancy equivalía a la recaudación total de varios días en la plaza. Nuestros encuentros nocturnos se volvieron algo cotidiano, aunque siempre se producían en días que Loira no estaba a cargo de mi vigilancia. Desde el punto de vista de la niña, pienso que yo tal vez era visto como alguien que había sido atrapado bajo una telaraña

fabricada con somies. Al fin y al cabo el efecto que tiene el dinero sobre las personas en cualquier sociedad es innegable, pero yo era un hombre libre y no caería tan fácil ante tales artilugios.

Dónde finalizaba mi libertad y dónde comenzaba mi ambición. Me resultaba difícil de establecer una clara línea divisoria, aunque probablemente se trataba de dos cosas que iban juntas de la mano. Después de todo mi avaricia no consistía en acumular bienes materiales o montañas de somies, a pesar de que visto desde fuera pudiese parecer eso. Mi nuevo objetivo constaba en poner a prueba los verdaderos límites que podía alcanzar la libertad de un hombre en Damur.

Fue por esa razón que hace apenas una semana retiré mi sombrero y cambié las condiciones para relatar mis historias ante el público que se reunía en la plaza. El requisito era bastante simple, sólo precisaba que alguien me diera información sobre las condiciones que debía cumplir para poder abrir mi propio negocio en Fiefemi.

La respuesta ante mi solicitada fue unánime, el silencio absoluto. Sin ningún problema pude haber dado marcha atrás y continuar con mi oratoria diaria, pero la reacción de la gente fue bastante peculiar. A pesar de no dar señales de ayudarme continuaban reuniéndose en la plaza en espera de mis historias. Claramente era el indicio de que no estaban en contra de que tuviese un negocio propio, sino que no sabían, o más bien, les producía cierto recelo brindarme dicha información.

La única pista que conseguí para llevar a cabo mi proyecto la recibí una tarde de parte de una señora mayor. Con total seguridad y casi con un tono de ruego me pidió que continuara con mis relatos, que entre las mujeres que frecuentaban mi espacio no había nadie quien pudiera ayudarme. -"Si realmente está interesado en eso, debería preguntarle a Galia. Quizás ella si pueda ayudarle."- fue lo que me dijo. Tras consultarle a mi compañera de vivienda me esclareció un poco la situación, aunque distaba de poder colaborar con mi causa.

- "No va a funcionar."- dijo de entrada Galia al oír mi idea de tener un comercio propio en Fiefemi. -"Y si funciona, será sólo porque se trata de ti Gabfiu."- me observaba para ver si yo había comprendido sus palabras y luego se explayó un poco más. -"¿Crees que las mujeres irán al negocio de un hombre? A ti no te temen, no te odian. Se podría decir que hay quienes te tienen algún tipo de cariño, pero sólo esa es tu ventaja. Ante tal panorama, ganar dinero de la manera actual no suena nada mal."-

Tenía razón, la sociedad de Damur ya me había dado muestras con anterioridad sobre su determinante rechazo a los hombres, de manera inconsciente y colectiva. Y en el caso de tener éxito sería nomás porque se trataba de mí, no era algo que pudiese volver a suceder de manera

generalizada.

Pero para que haya una segunda y tercera victoria es menester que exista una primera. Algo me indicaba que los dichos de Galia también encerraban alguna que otra preocupación que seguramente las altas esferas del gobierno tendrían al respecto. La sola posibilidad de que los hombres tuviesen la capacidad de ganarse libremente el pan significaba una amenaza de tal naturaleza que un reino como Damur no podía ignorar.

"Sin importar lo que yo opine intuyo que querrás seguir adelante."- Galia tomó de nuevo la palabra interrumpiendo mis pensamientos. -"Creo que la principal razón por la que nadie te ha dicho nada al respecto es sencillamente porque no existe una reglamentación que dicte los pasos a seguir para habilitar a un hombre a que lleve tal actividad."

"Es probable que la única persona con la autoridad suficiente para pensar en tu caso sería la reina, si es que tiene la voluntad de dedicar su tiempo a un hombre."- al oír la mención de la monarca la observé y ella me detuvo de inmediato. -"No me veas así. No intercederé ante ella por ti. Lamentablemente es ahí donde muere tu idea."

Sabía que Galia no me ayudaría con la reina, pero valía la pena hacer un inocente intento para ver si la fortuna estaba de mi lado. Si esa era la situación me encontraba ante un callejón sin salida, pero antes de abandonar toda esperanza decidí golpear una puerta más, una que tal vez me conduciría a mi meta.

¿Fue miedo lo que vi en sus ojos? Sólo pregunté si era posible que ella arreglara una audiencia con la reina. Nancy permaneció en silencio, pero dejó entrever cierto temor en su mirada. Había pensado que al provenir de una familia adinerada quizás tuviese alguna conexión cercana con el palacio, sin embargo su reacción indicaba que la gobernante de Damur resultaba ser alguien de tener cuidado.

"Imposible."- fue su respuesta, y ambos permanecimos en silencio. Nos volvimos a encontrar en otras noches y la escena se repitió. Ella sin darme una respuesta favorable, yo negándome a comenzar mis historias hasta recibir su ayuda.

"Tendrás tu encuentro."- dijo Nancy una buena noche, tomándome casi por sorpresa. -"No sé cuando, no depende de mí la verdad."- le agradecí, pero antes de dejarme hablar más me interrumpió. -"No me interesa si no deseas contarme a mí, pero mañana debes retomar tus historias en la plaza."- su tono de voz demostraba cierta preocupación. -"Necesito que confíes en mí."- dijo casi en un tímido murmullo.

Casi un mes y medio había dominado el silencio en el interior de la plaza. Como era habitual me adentré colocándome bajo la sombra de un gran árbol y las mujeres comenzaron a acercarse para ver si esta vez oirían nuevas historias. Así es, después de tanto tiempo, aún venían sin haber perdido la fe de volver a enamorarse con experiencias de personas que desconocían.

La niña pertenecía a la clase alta, ciertamente, pero no era indiferente a lo que acontecía en la vida diaria de la ciudad. Decidí confiar en sus palabras, en que un día de estos recibiría el llamado proveniente del palacio para presentarme ante la reina de Damur. Abrazando esa confianza tomé mi posición delante de mi audiencia y tras semanas de silencio narré:

- "Esta es la historia de un joven general llamado Eric..." -

Capítulo 13

A continuación...

Próxima memoria a ser publicada:

Tempestad

Amante eterno continuará en:

Revolución de amor